

Asunto Peliagudo

Criticar a los Políticos

POR LORENZO MEYER

“NO sólo aceptamos, sino garantizamos también el derecho de crítica... si nos equivocamos, estamos dispuestos a rectificar”. Para quienes comentamos de manera más o menos regular las acciones gubernamentales, esta reafirmación tan positiva hecha por el Presidente a nuestro derecho a la crítica —es decir, a emitir juicio sobre la verdad o bondad de lo que dicen y hacen quienes nos gobiernan— no está de más, sobre todo porque en este primer año de la nueva administración se enderezó un tanto la respuesta del gobierno frente a la oposición partidista e incluso se mostró cierta irritación con quienes se atrevieron a expresar dudas sobre lo idóneo de la estrategia seguida para superar la crisis y recuperar la confianza.

★

LA crítica del poder, ya sea que provenga de conservadores, de revolucionarios o de gente de enemigo, parte de un supuesto que en principio es sano y positivo: todo arreglo social es perfectible y ningún avance social puede darse como seguro para siempre. Si esto es verdad, entonces el papel de la crítica es útil, ya que puede contribuir en algo a despertar y fortalecer la conciencia de gobernantes y gobernados respecto de las posibilidades o peligros que enfrenta una sociedad.

La efectividad de la crítica depende de su calidad, que a su vez es función no sólo de la inteligencia,

orientación y preparación de quien la expresa, sino también de su objetividad. Desafortunadamente, en el terreno de lo político nadie puede ser totalmente objetivo. Como diría Raymond Aron, todo observador del proceso social que le rodea

está comprometido, y por tanto no puede ser imparcial u objetivo. Claro que hay de compromisos a compromisos. Los hay que se pueden confesar y los hay que no. En cualquier caso, descalificar al crítico por no ser imparcial es absurdo, pues se le está pidiendo lo imposible.

Una manera de intentar un mínimo aceptable de objetividad, es tomar cierta distancia en relación a los que ejercen el poder e incluso respecto de quienes lo buscan. La razón de esto es obvia: lo central para el político es la efectividad en la acción —cuya finalidad es siempre la toma o la preservación del poder— y no la congruencia ni la verdad de su discurso. No es accidental que a lo largo de más de dos mil años, un gran número de los pensadores políticos no hayan sido “políticos prácticos”: Platón, Aristóteles, Santo Tomás, Rousseau, Weber, Aron, etcétera, etcétera. Por ello, quienes descalifican al crítico por no ser un “político práctico” carecen de razón.

LA política no admite neutralidad, pero para el crítico una relativa objetividad es necesaria, no tanto por razones morales sino prácticas: para que su argumentación sea creíble, para ser eficaz. Durante la Segunda Guerra Mundial, la radio británica —que ganó fama de objetiva— fue a la larga más eficaz para su causa que la nazi para la suya. Un crítico obviamente partidista o visceral reduce su auditorio y termina por predicar sólo a los conversos, como fue el caso de Vasconcelos de los años treinta, por ejemplo.

Ahora bien, el problema de la calidad y naturaleza de la crítica no depende sólo de quien la ejerce, sino también y sobre todo de quien la recibe, es decir, el poder. Maquiavelo aconsejaba al príncipe que sólo escuchara la verdad de otros cuando y donde el gobernante lo determinara, nada más. En cualquier otra circunstancia la verdad crítica sería subversiva.

Afortunadamente los tiempos han cambiado. Desde la Revolución Francesa la libertad ha ganado gran-

Asunto Peliagudo

Sigue de la página siete

des espacios. Pocos gobiernos se atreven ahora a negar el derecho a la libre expresión, pero la crítica, en la medida en que tiene elementos de verdad, sigue siendo subversiva. Por ello no hay ningún gobierno, incluso aquellos de las sociedades más abiertas, que no intente de alguna forma poner límites a la libertad de crítica. Claro, hay de límites a límites.

Hubo tiempos y no muy lejanos entre nosotros, en que el crítico no sólo contaba con pocos espacios donde expresarse, sino que incluso peligraba su integridad física. Hasta donde yo sé, ese ya no es el caso, pero aún estamos lejos de tener esa crítica tan libre —y efectiva— que se practica en Europa Occidental o entre nuestros vecinos del norte. En fin, bien hace el Presidente en reafirmar su buena disposición para que los críticos se expresen

SIGUE EN LA PAGINA OCHO